

PARA SABER QUIÉN ERES  
DEBES SABER DE DÓNDE VIENES



## UN LARGO CAMINO A CASA



Comienza la búsqueda



SAROO BRIERLEY



PENÍNSULA HUELLAS

EL LIBRO DE LA PELÍCULA

# L I O N

# **Un largo camino a casa**

**Saroo Brierley**

**Larry Buttrose**

Para saber quién eres debes saber de dónde vienes

**Traducción de Blanca Rodríguez  
y Marc Jiménez Buzzi**

*ediciones península*

Título original: *A Long Way Home*

© Saroo Brierley, 2013

Publicado por primera vez en inglés por Penguin Australia, 2013

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).  
Todos los derechos reservados.

Primera edición: enero de 2017

© de la traducción del inglés: Blanca Rodríguez y Marc Jiménez Buzzi, 2017

Las imágenes de este libro, excepto las que aparecen con el crédito correspondiente, forman parte del archivo personal del autor.

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2017

Ediciones Península,  
Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona  
[edicionespeninsula@planeta.es](mailto:edicionespeninsula@planeta.es)  
[www.edicionespeninsula.com](http://www.edicionespeninsula.com)

PAPYRO - preimpresión  
LIBERDÚPLEX - impresión  
DEPÓSITO LEGAL: B. 21.291 - 2016  
ISBN: 978-84-9942-475-0

## ÍNDICE

Prólogo	11
1. Recuerdos	15
2. Perdido	23
3. Supervivencia	47
4. Salvación	61
5. Una nueva vida	77
6. El viaje de mi madre	91
7. Me hago mayor	101
8. La búsqueda	115
9. Encuentro mi casa	127
10. El reencuentro con mi madre	143
11. Nuevos lazos	161
12. Tendiendo puentes	173
13. El regreso a Calcuta	185
Epílogo	211
Mapa: Mi viaje por la India	218
Agradecimientos	221

## RECUERDOS

De pequeño, en Hobart, tenía un mapa de la India en la pared de mi habitación. Mi madre —mi madre adoptiva, mamá— lo había colgado allí para que me ayudara a sentirme como en casa cuando, en 1987, con seis años de edad, llegué de la India para vivir con ellos. Tuvo que explicarme lo que representaba: yo no había ido al colegio y supongo que ni sabía lo que era un mapa, y mucho menos la forma que tenía la India.

Mamá había decorado la casa con objetos indios: había estatuas hindúes, adornos y campanas de latón y una gran cantidad de figurillas de elefantes. Entonces yo no sabía que esos objetos no eran habituales en las casas australianas. También puso una tela india estampada en mi habitación, sobre la cómoda, y una marioneta de madera con un traje de colores brillantes. Todas esas cosas me resultaban en cierto modo familiares, aunque nunca hubiera visto nada exactamente igual. Quizá otros padres adoptivos habrían considerado que yo era lo bastante pequeño para empezar mi vida en Australia desde cero y que podían criarme sin hacer demasiadas referencias a mi lugar de origen; el color de mi piel, sin embargo, siempre habría delatado mi procedencia y, de todas formas, mis padres no decidieron adoptar un niño de la India por casualidad.

En mi niñez, los cientos de topónimos del mapa flotaban ante mis ojos. Mucho antes de ser capaz de leerlos, sabía que la

enorme uve del subcontinente indio era un lugar rebosante de ciudades y pueblos, con desiertos y montañas, ríos y bosques (¡el Ganges, el Himalaya, tigres, dioses!), y me fascinaba. Me quedaba mirando el mapa, absorto, pensando que entre todos aquellos nombres estaría el lugar del que yo procedía, donde había nacido. Sabía que se llamaba «Ginestlay», pero no tenía ni idea de si era el nombre de una ciudad o de un pueblo o de una aldea, o incluso de una calle, ni de por dónde empezar a buscarlo en el mapa.

Tampoco sabía con certeza qué edad tenía. En los documentos oficiales constaba el 22 de mayo de 1981 como mi fecha de nacimiento, pero el año lo habían calculado las autoridades indias, y la fecha correspondía al día de mi llegada al orfanato desde el que me habían ofrecido para la adopción. Aquel niño analfabeto y confuso no había sabido dar muchos detalles acerca de quién era ni de dónde venía.

Al principio, mis padres no sabían cómo me había perdido. Lo único que sabían era que me habían recogido en las calles de Calcuta, y que, como no se pudo localizar a mi familia, me habían llevado al orfanato. Felizmente para todos nosotros, los Brierley me adoptaron. Así pues, al principio, mis padres señalaban Calcuta en el mapa y me decían que de allí venía yo; pero lo cierto es que la primera vez que oí el nombre de esa ciudad fue cuando ellos lo pronunciaron. Transcurrido cerca de un año, cuando mis progresos con el inglés me lo permitieron, ya fui capaz de explicar que yo no procedía de Calcuta: un tren me había llevado hasta allí desde una estación cercana a «Ginestlay» que se llamaba algo así como «Bramapour», «Berampur»... No estaba seguro. Lo único que sabía es que estaba muy lejos de Calcuta y que nadie me había podido ayudar a volver hasta allí.

Cuando llegué a Australia, el futuro era mucho más importante que el pasado, desde luego. Estaba dando mis primeros pasos en una nueva vida, en un mundo muy distinto del que

conocía, y mis nuevos padres se esforzaron mucho por vencer las dificultades que eso entrañaba. Mamá no puso especial empeño en que aprendiera inglés enseguida, ya sabía que eso se daría por sí solo con el uso diario. Creía que lo más importante en un primer momento era consolarme y cuidarme, y ganarse mi confianza, y para eso no hacen falta las palabras. Mamá conocía a una pareja india del barrio, Saleen y Jacob, y a menudo íbamos a su casa a comer comida india con ellos. Hablaban conmigo en mi idioma, el hindi; me hacían preguntas sencillas y me traducían lo que mis padres querían que yo supiera acerca de cómo íbamos a vivir. Como yo venía de una familia muy humilde, tampoco hablaba mucho hindi, pero ver que alguien me entendía fue de enorme ayuda para que me sintiera más cómodo en mi nuevo ambiente. Cuando mis padres no podían comunicarme algo con gestos y sonrisas, sabíamos que saldríamos del apuro con la ayuda de Saleen y Jacob.

Como todos los niños, aprendí mi nuevo idioma con bastante rapidez, pero al principio hablaba muy poco sobre mi pasado en la India. Mis padres no querían que lo hiciera hasta que estuviera preparado, y yo no daba grandes muestras de pensar mucho en mi vida anterior. Mamá recuerda una ocasión, cuando yo tenía siete años, en que de repente me entró una gran angustia y grité: «¡Yo *olpidar*!». Después descubrió que estaba muy enfadado porque había olvidado el camino de la escuela que quedaba cerca de mi casa india y a la que iba a mirar a los alumnos. Dijimos entonces que seguramente no tenía demasiada importancia, pero para mí sí que la tenía. Mis recuerdos eran lo único que me quedaba de mi pasado, y pensaba en ellos continuamente para asegurarme de no *olpidar*.

De hecho, mi mente nunca se alejaba demasiado del pasado. Por las noches me asaltaban los recuerdos y me costaba calmarme y conciliar el sueño. Durante el día la cosa iba mejor, distraído como estaba con tantas actividades, pero mi mente no descansaba nunca. Por eso, y por mi determinación

de no olvidar, siempre he recordado con claridad mis vivencias infantiles en la India, casi como un cuadro completo: mi familia, mi casa y los acontecimientos traumáticos que rodearon mi separación de ellas permanecen nítidos en mi recuerdo, a veces incluso con gran detalle. Algunos de esos recuerdos son buenos y otros malos, pero no podría haber conservado los unos sin los otros y no quería perderlos.

Mi transición a la vida en otro país y otra cultura no resultó tan difícil como cabría esperar, seguramente porque, en comparación con lo que había pasado en la India, mi vida en Australia era mejor a todas luces. Por supuesto que lo que más deseaba era volver a encontrar a mi madre, pero en cuanto comprendí que aquello era imposible supe que tendría que aprovechar las oportunidades que me llegasen para sobrevivir. Mis padres fueron muy cariñosos desde el principio: me abrazaban todo el rato y me hacían sentir a salvo, seguro, querido y, sobre todo, deseado. Eso significa muchísimo para un niño que ha estado perdido y sabe lo que es que nadie se preocupe por él. Creamos lazos de inmediato, y enseguida empecé a confiar en ellos sin reservas. Aunque solo tenía seis años (siempre he aceptado que mi año de nacimiento es 1981), comprendí que se me había concedido una segunda oportunidad muy poco frecuente. No tardé en convertirme en Saroo Brierley.

En cuanto me sentí seguro en mi nuevo hogar de Hobart, empecé a pensar que quizá no hacía bien en aferrarme al pasado, que si quería empezar una nueva vida tendría que bloquear la anterior, así que me guardé mis reflexiones nocturnas. Y la verdad es que al principio tampoco era capaz de expresarlas en inglés. Además, tampoco sabía que mi historia fuera tan inusual. A mí me parecía terrible, pero creía que esas cosas le pasaban a todo el mundo. Andando el tiempo, cuando empecé a abrirme a los demás, comprendí por sus reacciones que era una historia extraordinaria.



A veces los pensamientos nocturnos se colaban en el día. Recuerdo la vez que mis padres me llevaron a ver la película hindi *Salaam Bombay*. Las imágenes del niño que intenta sobrevivir solo en una ciudad inmensa con la esperanza de reencontrar a su madre me trajeron recuerdos tan perturbadores y tan vivos que me eché a llorar en la oscuridad del cine sin que mis bienintencionados padres se dieran cuenta del motivo.

Incluso la música triste (sobre todo la clásica) podía desencadenar esos recuerdos. También me afectaba mucho el llanto de los bebés, pero lo que más me tocaba la fibra era ver otras familias con muchos niños. Supongo que me recordaban lo que había perdido y no podía olvidar, pese a haber tenido tanta suerte.

Con todo, poco a poco empecé a hablar sobre el pasado. Solo había transcurrido cosa de un mes desde mi llegada cuando le describí por encima a Saleen la composición de mi familia india (madre, hermana, dos hermanos) y le expliqué que me había separado de mi hermano y me había perdido. Me faltaban recursos para expresarme bien, pero Saleen dejó que le contara mi historia sin presionarme. Poco a poco, a medida que mejoraba mi inglés, les fui contando más cosas a mis padres, como que mi padre biológico había abandonado a mi familia cuando yo era muy pequeñito. Sin embargo, la mayor parte del tiempo me concentraba en el presente: ir al colegio, hacer amigos y descubrir la pasión por el deporte.

Al cabo de poco más de un año de mi llegada a Hobart, un fin de semana lluvioso, sorprendí a mi madre (y a mí mismo) al abrirme y hablarle de mi vida en la India. Es probable que ya empezara a sentirme a gusto en mi nueva vida y, además, sabía más palabras con las que expresar mis experiencias. Me descubrí contándole a mi madre mucho más de lo que le había dicho hasta entonces sobre mi familia india: le conté que éramos tan pobres que pasábamos hambre con frecuencia, que mi madre biológica me mandaba a las casas de los vecinos con una cazuela a pedir sobras. Mi madre me abrazaba todo el rato

porque era una conversación muy emotiva. Se le ocurrió que podíamos dibujar juntos un mapa del sitio donde vivía entonces y, siguiendo mis indicaciones, fue dibujando la casa de mi familia en nuestra calle, el camino que seguíamos hasta el río, donde jugaban todos los niños, y el paso subterráneo por el que se llegaba a la estación de tren. Recorrimos la ruta con los dedos y luego hicimos un plano detallado de la casa. Anotamos dónde dormía cada miembro de la familia e incluso en qué orden nos acostábamos por la noche. A medida que mi inglés iba mejorando repasábamos el mapa y lo perfeccionábamos. Así, al impulso del remolino de recuerdos que hizo brotar la primera versión de aquel mapa, no tardé en contarle a mi madre las circunstancias que me llevaron a perderme, mientras ella me miraba atónita y tomaba notas. Dibujó en el mapa una línea ondulada en dirección a Calcuta y escribió «un viaje muy largo».

Un par de meses más tarde fuimos de viaje a Melbourne para visitar a otros niños que habían estado en el mismo orfanato que yo. Inevitablemente, la animada charla en hindi con mis compañeros de adopción me devolvió las imágenes del pasado con total nitidez. Aquella fue la primera vez que le dije a mi madre que venía de un sitio llamado Ginestlay, y cuando me preguntó que dónde era eso, yo le respondí con mucha confianza, aunque muy poca lógica: «Tú llévame allí que yo te lo enseñaré. Me sé el camino».

Decir el nombre de mi ciudad en voz alta por primera vez desde mi llegada a Australia fue como abrir una válvula de escape. Poco después le conté una versión aún más completa de lo ocurrido a una profesora de mi colegio que me caía bien. Se pasó una hora y media tomando notas con la misma expresión atónita que mi madre. Por extraña que a mí me pareciese Australia, oyéndome hablar de la India mamá y mi profesora debían de creer que les hablaba de cosas ocurridas en otro planeta.

La historia que les conté trataba sobre las personas y los lugares en los que pensaba sin cesar desde mi llegada, y en los que seguiría pensando con frecuencia al ir haciéndome mayor. No es de extrañar que haya algunas lagunas aquí y allá: a veces no estoy seguro de algún detalle, como el orden de los sucesos o cuántos días pasaron entre ellos. También me cuesta distinguir entre lo que sentí entonces, siendo niño, y lo que he llegado a pensar y a sentir al respecto en el transcurso de estos veintiséis años. Sin embargo, gran parte de mis recuerdos de infancia permanecen nítidos en mi memoria pese a que mis continuas visitas mentales al pasado en busca de pistas podrían haber alterado alguna prueba.

En aquel momento, contar mi historia, al menos las partes que yo comprendía, fue una liberación. Ahora, después de los acontecimientos que comenzaron hace dos años y que cambiaron mi vida, me ilusiona la perspectiva de que compartir mis experiencias pueda servir para dar esperanza a otras personas.